

## UNA RELECTURA DEL CICLO DE TESEO EN EL CONTEXTO GEOPOLÍTICO DE LOS SIGLOS OSCUROS

José Luis Menéndez Varela  
*Universidad de Barcelona*

### I

El objeto de este artículo es realizar un comentario sobre todas aquellas alusiones que, en el mito de Teseo, remiten presumiblemente al panorama geopolítico del Ática anterior a la constitución de la *polis*, con la excusa de recuperar el problema de la existencia de una *basileia* de implantación comarcal presente en múltiples centros a lo largo y ancho de la península. Pero también se trata aquí de exponer y someter a crítica algunas reflexiones sobre la pertinencia de un enfoque multidisciplinar que, dirigido por la historia y la arqueología, llame en su auxilio a otras disciplinas —principalmente la antropología y la geografía regional— a fin de paliar la escasez de información fidedigna que caracteriza ese período de los Siglos Oscuros, en el que todas las formas monárquicas griegas hunden sus raíces.

Teseo es el héroe de la tradición aristocrática ateniense que lleva a su cumplimiento la *sympoliteía* del Ática. Su figura es un producto fabulado que persigue el objetivo de empujar a una edad mítica el origen del propio ordenamiento aristocrático, esto es, de la constitución de la *polis*, de forma que su valor histórico queda relegado a la impresión que este proceso fundamental dejó en el imaginario colectivo. De hecho, el primer gran problema, que a la postre se trata de un problema irresoluble, se halla en la imposibilidad de encajar cronológicamente la dimensión histórico-arqueológica de la unificación del Ática, que se ciñe al s. VIII a. C. o primeros años del s. VII a. C.,

con las fechas que la tradición arroja para Teseo. Emplazado en la mitad de la tabla correspondiente al primer linaje monárquico de los listados reales atenienses, Teseo y, por lo tanto, la *sympoliteía* se desplazarían hasta el pleno s. XIII a. C.; algo absolutamente rechazado por la gran mayoría de los especialistas. No obstante lo dicho, es indudable que en el relato de las hazañas de Teseo subyacen indicios de ese proceso histórico y que, por consiguiente, entraña un fondo aristocrático al que se le superpondrán con el tiempo valores de tipo democrático. En efecto, C. Calame, entre otros, ha demostrado convenientemente que sólo a partir de finales del Arcaísmo, el héroe pasa a ocupar un lugar incuestionable en la tradición ateniense. Asimismo, el hecho de que el ciclo ateniense apareciera en un modo prácticamente definitivo durante la época clásica, permitió inferir un fuerte influjo de las tendencias democráticas contemporáneas en su elaboración<sup>1</sup>.

El propósito de esta tradición oligárquica inserta en el mito de Teseo participa de uno de los aspectos presentes en la manipulación tardía de los listados reales atenienses: la legitimación de su propio régimen fijando su origen en tiempos remotos, a la vez que el descrédito del régimen monárquico y de las tradiciones locales, que reflejaban intereses no del todo conformes con el nuevo ordenamiento aristocrático. El otro empeño que dirigió la manipulación de estos listados reales por los Atthidógrafos y Cronógrafos desde el s. IV a. C. fue buscar el fortalecimiento de algunos linajes especialmente poderosos por medio de la integración del fundador de la saga en los listados reales<sup>2</sup>. En lo que se refiere al valor histórico de estas listas, no hay ninguna duda entre los especialistas en reconocer su invalidez documental dando por buenas las sospechas avanzadas por F. Sacaby<sup>3</sup>. Sin embargo, dejando a un lado el primer listado de reyes, puesto que su naturaleza fabulosa lo invalida para cualquier aproximación histórica, es bien sabido que la dinastía que

---

<sup>1</sup> Cfr.: C. Calame, *Thésée et l'imaginaire athénien. Légende et culte en Grèce antique*, Lausanne 1996, 259-260 y 397-465; M. Moggi, *I sinecismi interstatali greci*, Pisa 1976, 44-81.

<sup>2</sup> Cf.: G. de Sanctis, *Atthis. Storia della Repubblica Ateniese. Dalle origini alla età di Pericle*, Torino 1912, 97; C. Hignett, *A History of the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B.C.*, Oxford 1952, 45; R. Drews, *Basileus: the Evidence for Kingship in Geometric Greece*, New Haven 1983, 94; P. Carlier, *La royauté en Grèce avant Alexandre*, Strasbourg 1984, 369.

<sup>3</sup> «A Commentary on the Ancient Historians of Athens», *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Supp. 1, Leiden 1954, 43-51.

comienza con Melanto aparece en las fuentes bien como una saga de auténticos reyes, bien como un listado de arcontes vitalicios<sup>4</sup>. Pero el punto central de interés, por lo que pudiera tener de sintomático, es que esa disyuntiva sólo se produce para los Códridas o los Medóntidas, de forma que Melanto, y Codro —y, según las versiones, Medón— son reconocidos sin oposición como reyes. De un modo sintético, a pesar de las inconsistencias históricas derivadas de la formulación tardía de estos listados reales, a pesar de responder a la necesidad de la sociedad oligárquica de retrotraer en el tiempo su acto fundacional y, por consiguiente, de desplazar del imaginario colectivo cualquier forma política que le resulte ajena, la monarquía es una realidad presente de manera innegable en la mentalidad ateniense cada vez que se adentra en el pasado<sup>5</sup>.

A pesar de sus posibles errores terminológicos<sup>6</sup>, la descripción que Tucídides ofrece del paisaje del Ática anterior a la *sympoliteia* y de lo que implicó este proceso es, en líneas generales, perfectamente verosímil. Tucídides

---

<sup>4</sup> Arist., *Ath. fr.* 7; 3, 3; *Pl., Smp.* 208d; Paus. I, 3, 2; IV, 5, 10; 13, 7; VII, 2, 1; D.S. VIII, 22.

<sup>5</sup> Sin lugar a dudas, estos listados reales son de análisis obligado en el estudio de las formas de *basileia* anteriores a la constitución de la *polis* ateniense. Sin más comentarios, remito a mi trabajo «La monarquía griega antes de la constitución de la polis. Algunas consideraciones sobre el caso ateniense» (*Habis* 34, 2003, 21-37), en el que se incluye también una bibliografía sobre el asunto.

<sup>6</sup> Por lo general, siguiendo la tradición tucididea, la moderna historiografía ha aceptado la voz de «sinecismo» —*synoikismós*— como referencia al proceso que tiene lugar en el Ática a lo largo del s. VIII a. C. Y ello a pesar de las críticas que, con toda justicia, se han ido elevando sobre la utilización impropia de este término. En efecto, el historiador utiliza este vocablo para relatar un acontecimiento bien distinto al que en su tiempo dicho término designara. En los siglos V y IV a. C., *synoikismós* refiere un proceso en el cual, desde una situación de partida caracterizada por la existencia de una multiplicidad de asentamientos, tendrá lugar la concentración de las funciones políticas y de la población en un único núcleo que a partir de ese momento constituirá el centro de un vasto territorio. Y así, Tucídides se equivoca en la voz utilizada para el caso ateniense, que hubiera debido ser «*sympoliteia*»; en pocas palabras, la reunión de un conjunto de individuos como conciudadanos, caracterizándose de modo recíproco por un idéntico estatuto de derechos y deberes políticos. Y debe resaltarse en este punto que esta conjunción se opera en un plano abstracto, mental, en un plano puramente político, quedando al margen cualquier alusión a un agrupamiento físico de la población en un punto concreto de la geografía.

refiere un panorama caracterizado por pequeños núcleos de población, cada uno con sus propios órganos de gobierno<sup>7</sup>. Aunque el historiador alude como tales a algunas magistraturas propias de la Atenas arcaica y clásica, es evidente que en época tan temprana éstas todavía no existían. Pero lo que sí es aquí importante es resaltar la autonomía política de estos asentamientos. Por esta misma razón, Tucídides habla de ellos como *poleis*, a pesar de que la historiografía moderna ha reconocido sin objeciones que el carácter rural y la poca articulación sociopolítica de los mismos obliga a definirlos como aldeas con un ordenamiento institucional de ningún modo comparable con el ateniense<sup>8</sup>. Por otro lado, no es extraño que, en la descripción de este paisaje humano, Tucídides hubiese sido influenciado por el modelo de *polis* más generalizado en la Grecia balcánica incluso en su época, que poco tuvo que ver con ese escaso número de grandes estados que terminaron por dirigir los designios de toda la civilización griega y de este modo concentraron la atención de las fuentes, asegurando así su mayor fortuna histórica<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Th. II, 15.

<sup>8</sup> F. Rodríguez Adrados (Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* (3 vols.), Madrid 1984-87) ha preferido traducir el término como «ciudades» en un ejercicio quizás de extremada literalidad. Por su parte, C. F. Smith (Thucydides, *History of the Peloponnesian War* (4 vols.) (Loeb Classical Library), Cambridge (Mass.) & London 1969-1976) ha preferido contraponer el término «town», más ambiguo y que puede aludir a ciudad, pero también a pueblo o población en sentido genérico, en relación con estos núcleos, con el de «city», ciudad en sentido estricto, asociado únicamente a Atenas.

<sup>9</sup> Las *poleis* de las que es posible aventurar alguna hipótesis respecto al número de sus ciudadanos o habitantes es muy pequeño; además, suelen ser las más importantes en términos geopolíticos y, por consiguiente, las más poderosas y las mayores en tamaño. La alteración de la realidad histórica que comportaría la aplicación de sus datos a todo el mundo griego debe ser, pues, convenientemente corregida. E. Ruschenbusch mantiene que del total de *poleis* abiertas al Egeo en el período clásico, el 80 % disponen de un territorio no mayor de 100 km<sup>2</sup> y su cuerpo cívico está constituido por un número no superior a 800 ciudadanos varones. La escala todavía se reduce aun más si se considera que el 69 % de ellas tienen una media de 400 ciudadanos varones adultos, lo que arroja unas cifras de población ciudadana —incluyendo ahora los ciudadanos pasivos— que no sobrepasan los 3.200 efectivos. Se trata de la noción de *Normalpolis* utilizada por el estudioso alemán.

Con un talante similar y sobre la base de este tipo de reflexiones, F. Kolb critica tanto la superficie media cifrada en 50/100 km<sup>2</sup> como el promedio de unos 2500/4500 habitantes para la *poleis* griegas. A su juicio, estos valores no son sino el

Teseo promueve la disolución de los órganos de gobierno local, su reunión y su ubicación en un nuevo emplazamiento: la ciudad de Atenas. Éste es el núcleo de la *sympoliteia* ática: una unificación de los mecanismos del ejercicio del poder más que un proceso espacial de urbanización o de concentración del poblamiento siquiera. En el mismo pasaje que Tucídides informa

---

resultado de la alteración provocada por las pocas grandes *poleis* existentes en el mundo griego. En sus cálculos, caracterizados por una marcada contención, la Atenas postclásica no supera, para todo el conjunto de la *polis*, los 200.000 habitantes, de los cuales sólo 21/31.000 eran ciudadanos varones adultos. Con una orientación similar, J. Travlos, partiendo del cálculo de la superficie de la ciudad destinada a ocupación privada, ajusta la población de Atenas en torno a 36.000 habitantes. Siguiendo con los cálculos de F. Kolb, la ciudad postclásica de Corinto se queda en unos 20.000 habitantes, y 90.000 incluyendo también el territorio. Argos no eleva su población por encima de los 50.000 habitantes para toda la *polis* durante la época clásica, de los cuales sólo 10.000 vivirían en la ciudad.

En lo que a la periferia del mundo griego se refiere, y también para el periodo postclásico, los valores aun en el caso de las *poleis* más desarrolladas deben ser matizados. La ciudad de Acragas no recibe más de 16/18.000 moradores, relegando los valores mucho más elevados transmitidos por las fuentes al conjunto de la *polis*. La ciudad de Olinto, 12/15.000 y Priene se queda en unos escasos 4.000 habitantes. Igualmente, H. P. Drögemüller habla de 45.000 habitantes en el *ásty* de Siracusa, que fue con mucho la mayor de todas ellas. D. Asheri ha entrado también en esta difícil discusión en referencia a la *polis* de Himera. Basándose, por un lado, en el relato de Diodoro sobre la caída de la ciudad a manos de las tropas de Hanibal en el 409 a. C., quien cifra entre 10 y 20.000 el recuento de los combatientes himerenses —entre los cuales se encontraban 4.000 aliados— (XIII, 60, 2), y por otra, en un cálculo de los posibles habitantes de la ciudad de Himera en función de la superficie ocupada y del número de casas, elabora una hipótesis sobre el número de ciudadanos y su distribución en el espacio. Para el historiador, la ciudad podía albergar únicamente unos 4.500 habitantes —ciudadanos activos, mujeres y niños ciudadanos y esclavos—, mientras que el resto de la población se repartía por el conjunto del territorio.

Cfr.: A. Giuliano, *Urbanistica delle città greche*, Milano 1966, 203-208 (interesante porque recoge los ejemplos más sobresalientes de las estadísticas ya clásicas); J. Travlos, *Athènes au fil du temps. Atlas historique d'urbanisme et d'architecture*, Boulogne 1972; D. Asheri, «La popolazione di Imera nel V secolo a. C.», *RFIC* 101, 1973, 457-465; J. A. De Waele, «La popolazione di Akragas antica», *Miscellanea di studi classici in onore di E. Manni*, vol. 2, Roma 1980, 747-760; E. Ruschenbusch, «Die Zahl der griechischen Staaten und Arealgrösse und Bürgerzahl der "Normalpolis"», *ZPE* 59, 1985, 253-263; F. Kolb, *La ciudad en la Antigüedad*, Madrid 1992, 77-82, 89-91.

sobre la *sympoliteia*, el problema de la posible concentración de la población ática en Atenas queda sumido en una ambigüedad que resulta claramente significativa si se compara con los pronunciamientos de escritores posteriores. En efecto, según el parecer de Isócrates<sup>10</sup>, a partir del s. IV a. C. —sino ya incluso en época de Tucídides— cuaja la idea de que en la Atenas antigua tuvo lugar un auténtico sinecismo, es decir, se admite que la constitución de la *polis* vino acompañada por una inmigración de la mayor parte de los ciudadanos hacia el centro político del Ática<sup>11</sup>.

Tucídides, en cambio —y esto aumenta el valor de su investigación histórica—, es plenamente consciente de que, durante la mayor parte de la historia ateniense, la población del Ática se dispone de un modo disperso a lo largo y ancho de todo el territorio<sup>12</sup>. Pero le quedaba por demostrar si esta tónica general era propia también de los tiempos remotos<sup>13</sup>, y qué incidencia habían tenido sobre ella fenómenos tan importantes como la *sympoliteia*. En este punto, el historiador hace gala de una meditada prudencia, consecuencia tal vez de que ya en su época, y como extrapolación de la realidad contemporánea, la constitución de la *polis* ateniense se entendía como el resultado de un sinecismo. Y así, la ambigüedad de Tucídides estriba en que, por un lado, informa de que Teseo unificó a todos los ciudadanos en Atenas, mientras que por otro, apunta que el héroe les permitió seguir ocupando sus tierras separadamente, igual que antes. Pero la ambigüedad es menor si se presta atención a dos aspectos. En primer lugar, a que Tucídides sabe que los *demos* más alejados —Sounion, por ejemplo— se encuentran a más de 30 km de Atenas, de modo que a un ciudadano le resultaría del todo imposible atender en persona sus propiedades si habitaba en la ciudad, y que el mayor número de

<sup>10</sup> Isoc., *Hel.* 35.

<sup>11</sup> Asimismo, los comentarios de Plutarco (*Theb.* 24, 1-2) y Pausanias (I, 22, 3) no dejan ningún lugar a dudas.

<sup>12</sup> Tal circunstancia queda reflejada con total claridad en su relato de la exhortación de Pericles a sus conciudadanos, animándolos a refugiarse en la ciudad y a prepararse para la guerra contra los lacedemonios (II, 13-14).

<sup>13</sup> Naturalmente, estos «tiempos remotos» no irían más allá del Arcaísmo. Sin embargo, como bien señala W. G. Cavanagh, en Tucídides, que se hace eco de la tradición aristocrática ateniense, tiene lugar la fusión de todo ese amplio período que, desde los primeros compases del Arcaísmo, retrocede en el seno de los Siglos Oscuros y empalma sin solución de continuidad el tiempo histórico con el heroico. Al respecto: W. G. Cavanagh, «Surveys, cities and synoecism», *City and Country in the Ancient World*, London & New York 1991, 97-118.

ellos eran pequeños propietarios que dependían únicamente de su trabajo. El otro punto de interés tiene que ver con el contexto en que Tucídides expresa la agrupación de todos los ciudadanos en Atenas: el historiador está hablando de la supresión de los órganos de gobierno locales y la centralización de los mismos en Atenas, con lo cual se debe interpretar que esta unificación no refleja sino la necesidad de los ciudadanos de desplazarse al *ásty* para tratar los asuntos colectivos y no para establecer allí su residencia.

Volviendo al ciclo de Teseo, el primer aspecto importante es que en su leyenda aparece con una claridad meridiana ese comentario crítico, típicamente aristocrático, a la forma monárquica<sup>14</sup>. Una vez alcanzada su primera madurez, y llegado el momento de abandonar la casa materna en Trecén para reunirse con su padre en Atenas, Teseo decide emular a Heracles llevando a cabo toda una serie de gestas heroicas. De forma que, contra todos los consejos que le invitan a realizar el viaje por mar, decide realizar el itinerario por tierra para así librar a las gentes de los bandidos que asolaban las regiones del Peloponeso y del Ática. Se vislumbra aquí una alusión a la Grecia anterior a las instituciones aristocráticas caracterizada por la anarquía. El panorama es el de un Peloponeso y un Ática monárquicos abandonados a toda una serie de desórdenes provocados por las arbitrariedades de un puñado de hombres que viven en la barbarie<sup>15</sup>. La incompetencia de las casas reales es a todas luces manifiesta, pero aun se podría llevar más allá la interpretación de estos acontecimientos. El modo en que Plutarco presenta estos malhechores es ciertamente interesante: se trata de hombres de un vigor extraordinario pero que han utilizado estas cualidades para hacer prevalecer sus propios deseos<sup>16</sup>. En realidad, la leyenda esboza unas figuras que se encuentran en los antípodas de un orden civilizado —político se podría decir— en las cuales se da el desprecio más absoluto por lo público en provecho del interés

---

<sup>14</sup> Esta tradición es también recogida por Aristóteles (*Ath.* 41, 2) en relación con el héroe ateniense.

<sup>15</sup> El carácter aristocrático del relato se vuelve, aun si cabe, más claro si se toma en consideración que muchos de estos forajidos habían sido matados por Heracles —o se habían escondido durante su estancia en el Peloponeso—, el héroe por excelencia de la aristocracia doria, y que el problema sólo vuelve a aparecer tras su marcha (Plu., *Thes.* 6, 3-7).

<sup>16</sup> Plu., *Thes.* 6, 4.

privado<sup>17</sup>. En suma, quizá en estos personajes haya una cierta figuración metafórica, desproporcionada y grotesca de un linaje monárquico cuyo poder se extiende en un radio comarcal. Se presenta entonces un paisaje político caracterizado por una multiplicidad de reyezuelos de pequeñas comunidades que, aprovechando la inestabilidad y la penuria generalizada, y habiéndose vinculado estrechamente con la función militar<sup>18</sup>, se arrogaron la práctica totalidad de los poderes. Así, Teseo, el héroe fundador del ordenamiento aristocrático ateniense, se desembaraza de estos elementos indeseables a medida que va haciendo camino<sup>19</sup>. Sin embargo, esta misma anarquía está presente en la misma Atenas y afecta incluso a la propia casa de Egeo<sup>20</sup>. En efecto, la leyenda recoge al rey ateniense, en el momento del encuentro, como un viejo que ya no puede hacer frente a las conjuras palaciegas y que se halla en manos de un personaje malvado: Medea, quien trata de desembarazarse de Teseo. La incompetencia de la monarquía para ejercer un buen gobierno es definida con todo lujo de detalles<sup>21</sup>.

El otro aspecto relevante en la leyenda del héroe es el haber llevado a la práctica la *sympoliteia* del Ática, lo cual también habla indirectamente del panorama geopolítico anterior<sup>22</sup>. La situación en la que se encontraba la pe-

---

<sup>17</sup> El texto de Plutarco (*Thes.* 6, 4) es contundente: «Persuadés [aquellos forajidos] que la plupart des hommes ne louent la pudeur, la justice, l'égalité et l'humanité que parce qu'ils n'osent pas commettre l'injustice ou qu'ils ont peur d'en être victimes, ils pensaient que ces vertus ne conviennent point à ceux qui sont capables de s'arroger plus que les autres.» (Plutarque, *Vies, I: Thésée-Romulus. Lycurgue-Numa*, Paris 1964, ed. R. Flacelière, E. Chambry, M. Juneaux).

<sup>18</sup> A. Andrews, en un contexto diferente («La crisi agraria en la tattica oplitica; i tiranni e Solone», *L'origine dello Stato nella Grecia antica*, Roma, Editori Reuniti, 1984, pp. 119-127), señala que el problema de la tierra persistente en el mundo griego tiene su base ya en los Siglos Oscuros, en la contraprestación que la comunidad debió ofrecer a un caudillo por su protección militar. Recuértese que Aristóteles (*Pol.* III 14, 1285b2-12) atribuye, como causa del origen de la forma monárquica que ordena en cuarto lugar —la monarquía de «tiempos heroicos»—, el carácter benefactor —y explicita literalmente la función militar— de un determinado linaje para con la comunidad.

<sup>19</sup> Plu., *Thes.* 8, 1-11, 1.

<sup>20</sup> Plu., *Thes.* 12, 2.

<sup>21</sup> Plu., *Thes.* 12, 3.

<sup>22</sup> Frente a la prudencia manifestada por Tucídides, Plutarco caracteriza este proceso —y lo deforma— como un auténtico sinecismo, entendiéndolo no sólo como



nínsula, tal y como caló en la mentalidad griega, se hace patente con una rápida consulta a algunas otras fuentes. En primer lugar, Aristóteles relata que el rey ateniense Pandión II reparte sus posesiones entre sus hijos: a Egeo, la comarca de Atenas; a Lico, la zona montañosa; a Palante, el litoral; asignando a Niso la Megáride<sup>23</sup>. Todos ellos, al decir del estagirita, pasaban la vida en discordias entre sí. Asimismo, Filocoro transmite un mismo paisaje ático dividido en comarcas independientes<sup>24</sup>. En este caso, antes de la operación de Teseo, fue Cécrope quien, por motivos defensivos<sup>25</sup>, reúne a la población en toda una serie de núcleos, algunos de los cuales vuelven a aparecer en la leyenda del héroe: Cecropia, Tetrapolis, Epakria, Dekeleia, Eleusis, Aphidna, Thorikos, Brauron, Kytheros, Sphettos y Kephisia<sup>26</sup>. Se pueden

---

una unificación política sino también como una concentración de la población del Ática. Cfr.: Plu., *Thes.* 24, 1-2.

<sup>23</sup> Arist., *Ath.* fr. 2.

<sup>24</sup> Philoch., *FGrH* 328 f. 94.

<sup>25</sup> Nótese una nueva referencia legendaria a la vinculación entre monarquía y la función defensiva de la comunidad: en este caso, es el propio fundador mítico de la monarquía ateniense quien aparece investido con estas funciones.

<sup>26</sup> Algunos de estos centros aparecen en la lista de *demos* áticos: Dekeleia, Eleusis, Aphidna, Thorikos, Kytheros, Sphettos y Kephisia. Cecropia bien podría estar relacionada con el *demos* de Kropidai. Además, la Tetrapolis es reconocida por los historiadores como una asociación de los *demos* de Marathón, Trikorynthos, Probalinthos y Oinoe, todos ellos en el sector costero del noreste del Ática; a su vez, la Epakria está constituida por los de Plotheia y Semachiai, en la zona septentrional. Cfr.: G. de Sanctis, *Atthis*, op. cit., 24-26; D. Whitehead, *The Demes of Attica 508/7-ca.250 B.C.*, Princeton 1986, 474-477.

En otro orden de cosas, si se observa la disposición de los *demos* relacionados con el comentario de Filocoro, parece claro el móvil defensivo en la reunión de los habitantes en estos núcleos, sobre todo teniendo en cuenta que Cécrope trata de dar solución —siempre siguiendo el comentario de Filocoro— al problema de las razias venidas por tierra desde Beocia, así como también a los actos de piratería caria sufridos en la zona costera. En efecto, con la excepción del *demos* de Sphettos situado en pleno centro del Ática, y de Kytheros, que todavía no ha podido ser localizado en la topografía, todos los demás se disponen, *grosso modo*, bien trazando una línea de costa a costa en el límite septentrional del Ática —son la mayoría—, bien disponiéndose sobre el litoral oriental, como es el caso de Thorikos, Probalinthos, Marathón y Trikorynthos. Una vez más reiteramos nuestra certeza de que estas interpretaciones no deben de tomarse al pie de la letra en lo que respecta a su validez histórica, pero

encontrar otras alusiones a la asociación entre *demos* y monarquía en Pausanias: es el caso de Porfirión, rey de una comarca correspondiente al *demos* de Athmonon, y de la asociación del rey Coleno y el *demos* de Myrrhinous; pero todavía es más importante que en ambas referencias Pausanias incidiera en el hecho de que en cada aldea del Ática hay tradiciones políticas diferentes en las que se refieren monarquías de rango comarcal<sup>27</sup>. Por último, es también interesante valorar el significado del *Himno Homérico a Deméter*, datado hacia el final del s. VII a. C.<sup>28</sup>, que presenta a Eleusis como un centro independiente regido todavía por una dinastía real<sup>29</sup>. Un himno que, siguiendo la opinión generalizada, es una pieza conmemorativa de unos acontecimientos muy vivos en la conciencia eleusina pero pertenecientes ya a un tiempo anterior a la *sympoliteía*<sup>30</sup>. Como una y otra vez ha sido puesto de relieve, la importancia de los misterios de Deméter y el papel que tienen en la administración de este culto estatal los *gene* eleusinos parece ser una consecuencia de la resistencia de Eleusis al proceso de unificación y su incorporación tardía al proyecto común. Y recuérdese también que la integración de Eleusis en la nueva *polis* ateniense está recogida en el mismo mito de Teseo bajo la victoria del héroe ateniense sobre Diocles, quien ostentaba el poder en la comarca eleusina<sup>31</sup>.

Todos estos núcleos, y más, deben ser imaginados autárquicos desde el punto de vista económico y autónomos políticamente, tal y como da a entender el hallazgo de restos de fortificaciones, así como de arquitecturas de función político-administrativa y religiosa, que han sido sacados a la luz en un buen número de puntos del territorio ático. Es el caso de los estudios arqueológicos realizados en la propia Atenas; en la colina Lathoureza, que

---

sí como huellas que en la mentalidad pudieron dejar unos acontecimientos pasados de innegable importancia.

<sup>27</sup> Paus. I, 14, 7; 31, 5.

<sup>28</sup> Sobre la cronología del himno: T. W. Allen; W. R. Halliday; E. E. Sikes, *The homeric hymns*, Oxford 1936, 112; N. J. Richardson, *The Homeric Hymn to Demeter*, Oxford 1974, 5-12; F. Càssola, *Inni omerici*, Verona 1975, 31-33.

<sup>29</sup> El *Himno Homérico a Deméter* (h.Hom., h.Cer. 96-97) cifra la llegada de Deméter a Eleusis en tiempos del rey Céleo, personaje fabuloso nacido de la propia tierra eleusina y primer rey de Eleusis. De nuevo, en los versos 154-156 y también en 474-478, se halla una alusión al linaje de Céleo. Nótese, además, que Deméter es la nodriza de Demofonte durante su estancia en Eleusis.

<sup>30</sup> G. de Sanctis, *Atthis*, op. cit., 36; M. Moggi, *I sinecismi*, op. cit., 66-67.

<sup>31</sup> Plu., *Thes.* 10, 4.

extiende su dominio sobre la llanura de Vari; o en Velatouri, que hace lo propio en Thorikos. Y restos similares han sido hallados en Kephisia, Dekeleia, Eleusis, Aphidna, Brauron, Sphettos, etc.

Es bien sabido que una de las lecturas fundamentales del relato de Teseo se resume en ese proceso que lleva desde un ejercicio del poder monárquico hasta la constitución de la *polis* ateniense. Tanto es así que el ciclo gira en torno a tres estadios de un mismo proceso: el reconocimiento de su linaje real y, por consiguiente, de sus derechos al trono de Atenas; el ascenso efectivo al poder monárquico y, por último, su renuncia al mismo en el contexto de la *sympoliteía* y la constitución de la *polis* ateniense. Así, toda la primera parte de la leyenda —desde la salida de Trecén hasta el regreso victorioso a Atenas tras la hazaña cretense— dibuja un héroe joven, ciertamente con unas aptitudes extraordinarias dignas de un rey, pero falto todavía de una talla moral que lo haga merecedor de la dignidad real ante los ojos de sus conciudadanos. Se podría decir que toda esta primera parte trata del ennoblecimiento progresivo de Teseo; un proceso consustancial a la construcción de la figura del héroe de forma que su gran logro, la *sympoliteía*, sólo puede realizarse una vez adquirido el prestigio suficiente para que su autoridad no pueda ser puesta en entredicho, como el mismo Plutarco refiere de un sector de los poderosos<sup>32</sup>.

Un momento crucial de esta primera parte es el episodio relativo al reconocimiento por parte de su padre, y en consecuencia, su nombramiento como legítimo sucesor, con el que se inauguran las acciones políticas que serán emprendidas por el héroe y que culminarán en la *sympoliteía*. Los lances que van jalonando este proceso orientado hacia la entronización del héroe son: el reconocimiento paterno, la neutralización de otros competidores en la línea sucesoria al trono —la conjura de los Palántidas—, y la realización de toda una serie de proezas que invisten el joven héroe de la suficiente talla moral ante sus conciudadanos que le hagan merecedor de la *basileia*. Este último aspecto concluye en su forma definitiva con la hazaña de Creta de la que vuelve un Teseo ya maduro, respetado, y preparado para la asunción del trono que acontece justo a su vuelta con la muerte de Egeo; es la antesala de su mayor logro: la institución de las bases de la *polis* aristocrática.

El conflicto con los Palántidas tiene gran importancia porque, aun cuando es imposible negarle un fuerte contenido legendario, es un indicio más de esa

---

<sup>32</sup> Plu., *Thes.* 24, 2.

realidad geopolítica en la que pudo haberse encontrado el Ática antes de su unificación. El testimonio más importante en este sentido es el relato fabuloso del conflicto dinástico surgido a la muerte de Egeo que es transmitido por Plutarco<sup>33</sup>. Según la tradición, el punto central de este enfrentamiento fue la tardía aparición de Teseo en Atenas, cuando Egeo tenía ya una edad avanzada y había perdido el control de su reino<sup>34</sup>. La inoportuna presencia de Teseo desbarataba los deseos abrigados por los Palántidas de acceder al trono ateniense; deseos por otra parte perfectamente legítimos en ausencia de un sucesor directo de Egeo, en tanto que ellos mismos formaban parte de pleno derecho de la familia real ateniense, como hijos que eran de Palante, a su vez hijo menor de Pandión II y, por lo tanto, hermano de Egeo<sup>35</sup>. En el desarrollo de los acontecimientos y para lo que aquí interesa, Plutarco menciona los *demoi* de Sphettos y de Gargettos como puntos de apoyo en la emboscada que tienden al héroe ateniense<sup>36</sup>. De ello podría inferirse que la familia real de los Palántidas no sólo ejercería su dominio sobre lo que después sería el *demos* de Pallene —el epónimo es suficientemente explícito en este sentido— sino también sobre Sphettos y Gargettos, de modo que no debe forzarse la interpretación de que, en tiempos anteriores a la *sympoliteia*, existiría una casa real por cada una de esas demarcaciones territoriales y administrativas correspondientes a los *demoi* áticos, sino que linajes que ostentaban la *basileia* podían haber extendido sus dominios por varias comarcas.

De un modo muy similar, el papel jugado en la fábula por el heraldo de Hagnous<sup>37</sup>, primero apoyando a los Palántidas para después traicionarlos y dar aviso a Teseo de la conjura, remarca a su vez, de algún modo, una cierta independencia de este *demos* respecto a la dinastía palántida y, quizá —el

<sup>33</sup> Plu., *Thes.* 13.

<sup>34</sup> Plu., *Thes.* 12, 3.

<sup>35</sup> El conflicto dinástico es llevado a su máxima tensión en algunas fuentes en las que se sitúa a Egeo como hijo adoptivo de Pandión II, justificando de este modo la revuelta de los Palántidas. Esta tradición viene recogida, por ejemplo, en Plutarco (Plu., *Thes.* 13, 1) o Apolodoro (Apolod. III, 15, 5). Por su parte, Pausanias (Paus. I, 5, 3-4; 39, 4) refuerza la primogenitura de Egeo.

<sup>36</sup> Plu., *Thes.* 13, 2. Con relación a los *demoi* áticos: D. Whitehead, *The Demes*, op. cit. Dada la ausencia de un estudio serio sobre la transcripción al castellano de los nombres de los *demoi*, los que aparecen en estas páginas han sido extraídos literalmente de la obra citada.

<sup>37</sup> Plu., *Thes.* 13, 3.

relato nada dice al respecto—, la presencia en Hagnous de un poder político de linaje diferente. De cualquier modo, lo importante aquí es remarcar cómo estas referencias gentilicias regias quedan integradas en la tradición posterior de estos *demoi*. Tanto es así que el mismo Plutarco informa de la prohibición existente en tiempos históricos —y que debe entenderse como una formalidad ritual más que como un impedimento efectivo— de contraer matrimonios mixtos entre los ciudadanos de Pallene y Hagnous<sup>38</sup>. Pues bien, dentro de este complejo proceso de la *sympoliteía* es donde adquiere todo su sentido el episodio de la victoria sobre los Palántidas; un acontecimiento claramente político en el que, junto al problema sucesorio entre los linajes palántida y egeo, cabe sugerir una pugna político-territorial entre Atenas y otras comarcas: la *sympoliteía* ateniense exigió por fuerza un lapso de tiempo más o menos dilatado antes de verse definitivamente concluida.

Y de idéntico modo cabe pronunciarse respecto a Maratón, cuyo proceso de integración en la *polis* ateniense tiene muchos puntos en común con el de Eleusis. Su peso específico se estima justificado por su más que probable lugar honorífico en la Tetrápolis que recibe su nombre, y por el hecho de mantener en época clásica el privilegio de disponer de representantes especiales en la embajada ateniense en Delos. Si se extrapola el origen de estos privilegios del caso eleusino, el resultado es que también esta comarca fue integrada en la *sympoliteía* en fase tardía tras salvar serios impedimentos. En efecto, la particular situación de esta comarca ha calado también en la leyenda de Teseo: el episodio del toro de Maratón bien podría tomarse como una posible metáfora de un forcejeo entre Atenas y esta comarca en el proceso de convergencia política del Ática<sup>39</sup>. Circunscribiéndose al relato de Plutarco, debe prestarse atención al modo en que Plutarco considera la bestia que enfrentará Teseo<sup>40</sup>: el toro de Maratón perjudica enormemente a los habitantes *de toda la Tetrapolis* —y remarcamos las cursivas—, como si Plutarco pre-

---

<sup>38</sup> Plu., *Thes.* 13, 4.

<sup>39</sup> Ha sido aducida también la referencia a este *demos* en la *Odisea* (VII, 80) como prueba de su separación del ordenamiento político ateniense en tanto que se cita el *demos* y a continuación Atenas. Desde mi punto de vista, una inferencia de este tipo es demasiado forzada. En realidad, lo que se presenta en este caso es la descripción de un itinerario geográfico en el que se señala un primer contacto con Maratón para llegar, posteriormente, a la ciudad de Atenas.

<sup>40</sup> Plu., *Thes.* 14, 1.

tendiera sugerir una carga onerosa para el conjunto de esas comarcas<sup>41</sup>. A todo esto debe añadirse el marcado cariz simbólico del hecho de que, una vez vencido, el toro es paseado por Atenas e inmolado a las divinidades estatales.

Por último, a esta gesta suceden dos nuevos sucesos, ambos de clara lectura política, y presentados por Plutarco en un orden temporal lógico en términos políticos: después de la hazaña de Maratón, Teseo emprende la tarea de liberar a Atenas del Minotauro cretense. Sin lugar a dudas, el móvil de la acción es literalmente recogido por Plutarco<sup>42</sup>: frente a las quejas que las familias elevan a Egeo de que, aun siendo el culpable del castigo que aflige a los atenienses, queda eximido de entrar en el sorteo que determine los jóvenes de la comitiva con destino a Creta, Teseo se ofrece voluntariamente para encabezar el grupo de elegidos. En resumidas cuentas, se trata de obtener la fuerza moral suficiente frente a sus conciudadanos para llevar a cabo la culminación de su proyecto, el cual se presenta acto seguido en la narración de Plutarco.

En resumen, todo el relato de Plutarco parece indicar que la unificación política del Ática es un proceso que se desarrolla en el tiempo, pero no sólo eso: es también una operación en la que cabe suponer la existencia, más o menos continuada y más o menos determinante, de un forcejeo político así como de episodios violentos en la integración de algunas comunidades. Las acciones llevadas a cabo por Teseo son una buena prueba de ello, pero todavía lo es más la narración de la última y definitiva fase de la adhesión de las diferentes comarcas. Cuenta Plutarco que su iniciativa de renunciar a la monarquía y de constituir la *polis* ateniense es rápidamente apoyada por la población más pobre, mientras que a los poderosos promete un régimen político

---

<sup>41</sup> No será objeto de consideración la iconografía del toro como representación del poder político y de fuerzas cósmicas o naturales existente en buena parte del mundo antiguo. La *taurokathapsia*, celebrada tanto en la cultura minoica como en la Tesalia helenística y, con variantes, a lo largo del mundo mediterráneo y africano en la antigüedad —por ejemplo, las imágenes de Trachori o Ti-n-Hanakaten (Tassili)—, ejemplifica la naturaleza recurrente de la iconografía del toro como elemento de fuerza y poder, de modo que algunos autores no han dudado en asociarla a ritos de pasaje. Por otra parte, el mismo Plutarco (*Thes.* 16, 1) nos ofrece, en la interpretación del Minotauro como un simple humano, una asociación entre la figura del toro y el individuo rudo, vigoroso y cruel que somete a su antojo a los demás; clara imagen de una manera concreta de ejercer el poder político.

<sup>42</sup> Plu., *Thes.* 17, 1-2.

de igualdad<sup>43</sup>. Y entonces, informa el biógrafo de que, entre estos últimos, unos son convencidos pero otros se ven resignados por la fama alcanzada por el héroe entre sus conciudadanos. Serán precisamente estos sectores descontentos, que ahora ven postergados sus intereses, los que tendrán después, dirigidos por Menesteo, un peso determinante en la caída de Teseo, tal y como refiere la leyenda<sup>44</sup>.

La existencia de episodios violentos es reconocida por todos los historiadores sin excepción, sin embargo, la unificación es vista, en líneas generales, como un acto pacífico<sup>45</sup>. Los argumentos con mayor peso específico, a juzgar por el número de veces en que han sido esgrimidos, son la inexistencia en la *polis* ateniense de grupos sociales tan desfavorecidos como los ilotas y los periecos de las comunidades espartanas<sup>46</sup>, así como la falta de una jerarquía político-territorial de los distintos núcleos que se extienden por el Ática, en cuanto que todos ellos mantienen idénticos derechos políticos en los órganos de gobierno atenienses. Falta, sin embargo, un argumento crucial: el proceso de la *sympoliteia* es básicamente pacífico porque está impulsado, en general, por las familias más poderosas del Ática. Hace de nuevo su aparición en escena la hipótesis de que la unificación y la constitución de la *polis* ateniense no es el resultado de un enfrentamiento entre las facciones aristocráticas y el poder monárquico, ni mucho menos la consecuencia de un auténtico pro-

---

<sup>43</sup> Plu., *Thes.* 24, 2. Plutarco habla en este punto de «democracia», lo que es necesario entender como un anacronismo motivado por la manipulación de la leyenda por los intereses democráticos. Nótese en este sentido cómo Teseo se reserva el mando militar y la salvaguardia de las leyes, una clara situación de preeminencia política que induce a imaginar las primeras formas de un posible arconte-rey. Resulta obvio suponer que esta igualdad queda reservada única y exclusivamente para los grupos de poder, constituyendo de este modo un régimen oligárquico de *hómoioi*.

<sup>44</sup> Plu., *Thes.* 32, 1 ss.

<sup>45</sup> La diferencia entre los distintos enfoques se reduce al reconocimiento de una mayor o menor incidencia de los conflictos armados. Defienden un alto grado de violencia: H. Herter, s. v. «Theseus», *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, München 1980, suppl. XIII, c. 1213; M. Moggi, *I sinecismi*, op. cit., 67. Un proceso pacífico en su mayor parte es argumentado, entre otros, por: G. de Sanctis, *Atthis*, op. cit., 33; C. Hignett, *A History*, op. cit., 37; J.-M. Luce, «Thésée, le sinoecisme et l'agora d'Athènes», *RA* 1, 1998, 26.

<sup>46</sup> Ilotas y periecos no son grupos sociales exclusivos de la sociedad espartana. Pueden asimilarse a los primeros los *klarotai* cretenses o los *penestai* tesalios; del mismo modo, periecos parecen hallarse también en Argos, Élide, Tesalia y Creta.

ceso revolucionario de signo aristocrático como han llegado incluso a defender algunos<sup>47</sup>, sino una evolución lógica y natural del paisaje político-territorial del Ática en una coyuntura de marcado despegue económico.

## II

El siguiente paso es preguntarnos por el origen, la naturaleza del ejercicio del poder y el territorio de influencia de esos linajes principales que terminaron por constituir una sociedad aristocrática. Y su resolución definitiva, para el caso ateniense, sólo tendría lugar con el seguimiento hasta sus orígenes de la historia particular de esas familias preeminentes que desempeñaron el papel político más relevante durante las épocas arcaicas y clásicas. Pero, dado el estado actual de nuestro conocimiento, dicho propósito resulta imposible. Todo lo más, cuando de lo que se trata es de remontarse en el tiempo y profundizar en los Siglos Oscuros, sólo está a nuestro alcance elaborar un modelo general sobre lo que en aquella época pudo haber acontecido, solicitando el concurso y la ayuda de otras disciplinas.

No es ninguna minucia el observar que la *polis*, en su dimensión política, tiene su origen en la emergencia de una incipiente articulación de la comunidad que, sin negar la importancia de las relaciones parentales como sistema de organización social, se superpone a las mismas en un ámbito específico: el ejercicio del poder. De hecho, en toda la historia griega, los principios fundamentales que regularon la organización social de la comunidad fueron las leyes de consanguinidad y afinidad. Pero en el Geométrico tardío surgió un ámbito aparte. Las mejores familias comenzaron a verse como *hómoioi*, como similares, como iguales desde el punto de vista cualitativo<sup>48</sup> a la hora de regular la disputa del poder político, evitando entrar en una escalada de agre-

---

<sup>47</sup> F. Jacoby (*Atthis: the local chronicles of Ancient Athens*, Oxford 1949, 172 y 348) postula que el arcontado anual, la institución decisiva del ordenamiento de la *polis* arcaica, fue el resultado de un acto revolucionario ejecutado por la aristocracia.

<sup>48</sup> Se recoge, en este punto, la diferencia existente entre *hómoios* e *isos*, entre lo semejante o lo similar y lo igual, para trasladarlo al ámbito político. En la historia política griega, y tomando el ejemplo ateniense, los ciudadanos sólo serán caracterizados como *isoi* en un momento muy avanzado de la evolución que lleva al régimen político democrático.



siones recíprocas de resultado incierto<sup>49</sup>. A unos vínculos directos y atávicos, como son los vínculos de sangre, se le añadieron otros de nueva factura; de este modo tuvo que iniciarse el juego político como forma reglada de la pugna por el poder<sup>50</sup>. La apertura de este nuevo ámbito, más abstracto, no supuso la erosión de las estructuras de parentesco, pero sí su reorganización como pilares de la estructura social. Parece evidente, entonces, que con anterioridad a esas nuevas fórmulas de pacto político que constituyen los cimientos de la *polis*, los vínculos parentales fueron los únicos reguladores de la vida colectiva, tanto en su dimensión social, económica, como política.

Tras lo dicho se encuentra explícita la suposición de que el origen de la sociedad aristocrática no se halla en una suerte de confrontación entre los intereses de una aristocracia y los propios de una familia distinguida que pugnaba por ostentar en solitario el ejercicio del poder bajo la forma de una monarquía. Una interpretación de este tipo puede resumirse en la idea de que un régimen aristocrático sólo se instaura en tanto que elimina violentamente una dinastía real; una idea que en sus diferentes matices, ha sido defendida en su momento por algunos especialistas apoyándose especialmente en la

---

<sup>49</sup> Aristóteles (*Pol.* IV, 13, 1297b15-20) expresa la idea de que en un inicio el gobierno era materia común de la elite guerrera.

<sup>50</sup> Que en el grupo aristocrático no rigen, en lo relativo al ejercicio del poder en el seno de la comunidad, los vínculos parentales se demuestra por dos aspectos profundamente integrados en este grupo social. En primer lugar, por el hecho de que la articulación del grupo de guerreros se realiza por tramos de edad y por su integración en confraternidades. Una amistad viril, franca y sólida, basada en leyes de reciprocidad y que tiene su máxima expresión en el apoyo mutuo en el combate, ocupa un lugar privilegiado en la *areté* aristocrática. En segundo lugar, por la presencia que ostenta el diálogo como forma de discusión y pugna entre los miembros de la aristocracia guerrera. Ambos aspectos son prueba indiscutible de que la aristocracia se constituye sobre un convenio o pacto, una forma artificial de organización social que se muestra muy distanciada de las relaciones de sangre.

M. Detienne (*I maestri di verità nella Grecia arcaica*, Cles 1992, 59 ss.) ha dedicado parte de su esfuerzo a rastrear cómo se manifiesta esta relación entre *hómoioi* en la aristocracia arcaica, fundamentalmente a través de los poemas homéricos. Para Detienne, este carácter corporativo e igualitario de los miembros de la aristocracia homérica se observa en cuatro contextos muy definidos: los juegos fúnebres, el reparto del botín, las asambleas militares y los banquetes aristocráticos.

existencia de los listados reales atenienses<sup>51</sup>. Sin embargo, no parecen haberse dado las condiciones socio-políticas necesarias para que un proceso similar se desatase. Tal vez, la tesis de la fractura violenta con un régimen monárquico anterior debe mucho a la naturaleza aristocrática del estado ateniense y su necesidad de distanciarse de una forma monárquica del ejercicio del poder que se le oponía conceptualmente: es indudable que esa igualdad proporcional sobre el que se fundamenta el régimen es del todo imposible en la monarquía. Pero también esa marcada repugnancia aristocrática ante la monarquía es sospechosa de ocultar algún fondo originario de verdad; además, dicha incompatibilidad conceptual desaparece al eliminar de esa posible forma monárquica su escala regional, que es el ámbito que define la *polis* ateniense, su carácter estatal, y simultáneamente, tras afirmar la presencia de una pluralidad de linajes monárquicos.

Imaginar una forma de monarquía que cumpla tales requisitos sólo es posible en una sociedad escasamente desarrollada desde el punto de vista socioeconómico, pero en el que se dan ya una cierta estabilidad de las estructuras sociales y políticas. En el caso de la Grecia balcánica esto sólo pudo tener lugar como resultado de una primera recuperación tras el desastre micénico, al final del Protogeométrico. Hasta ese momento, la vida en toda Grecia no debió caracterizarse por la existencia de desviaciones netamente positivas del puro nivel de subsistencia. En consonancia, el tipo de ejercicio del poder en estos asentamientos llevados a su mínima expresión debió estar profundamente arraigado en una conciencia de unidad gentilicia. Al frente de cada uno de ellos se situaba un *basileús* cuyo origen se hallaba bien en un *gasireu* bien en un jefe tribal dorio, y cuyo poder era poco más que el de un jefe-patriarca<sup>52</sup>. El estado de postración de aquellas comunidades llegó a tal grado que, en su estudio sobre la ocupación del territorio en la Argólida<sup>53</sup>, A. L. Schallin establece un franco paralelismo entre los procesos de concentración

---

<sup>51</sup> Posiblemente, ha sido F. Jacoby (*Atthis*, op. cit., 347) quien ha defendido con mayor virulencia esta tesis. De un modo más contenido cabría citar, por ejemplo, a C. Hignett (*A History*, op. cit., 41).

<sup>52</sup> Cfr.: J. Andreev, «Könige und Königsherrschaft in den Epen Homers», *Klio* 61, 1979, 361-384; A. Heuss, «Dalle comunità di villaggio alla polis aristocratica», *L'origine dello Stato nella Grecia antica*, Roma 1984, 46-52.

<sup>53</sup> «Urban Centres, Central Places and Nucleation in Greek Islands versus the Greek Mainland», *Urbanization in the Mediterranean in the 9th to 6th Centuries B.C.* (Acta Hyperborea, 7), Copenhagen 1997, 29-30.

de la población que tuvieron lugar en el Heládico Temprano II y III y los presentes tras la crisis micénica en el Heládico Reciente III C (HRIIIC). En ambos casos, esta concentración es explicada por la autora como una consecuencia de una crisis generalizada y no como resultado de una fase de crecimiento económico y de la población<sup>54</sup>. Desde este punto de vista, la Argos submicénica y geométrica, como polo de inmigración que es, no se presenta muy distinta del centro de Fournoi, floreciente en el Heládico Temprano II<sup>55</sup>.

Estos raquíuticos núcleos no se encontraban en condiciones de soportar un ataque de una cierta entidad. Además, la parquedad de sus recursos los hacía extremadamente vulnerables a cualquier revés en la ya de por sí maltrecha producción agrícola. Y un fenómeno como éste sentó las bases de la organización gentilicia tan propia de la civilización griega que tuvo en sus comienzos una inequívoca dimensión territorial. Aquella figura denominada «jefe-patriarca» caracteriza ese escurridizo umbral entre una *sociedad igualitaria* y una incipiente *sociedad de rango* —*rank society*<sup>56</sup>. Dicho jefe-patriarca encarna un individuo con una especial consideración entre los miembros de la comunidad en razón de alguna proeza realizada en beneficio del grupo —de tipo militar, territorial, tecnológico— que habría calado profundamente en la conciencia colectiva. Como es natural en la organización de estas comunida-

---

<sup>54</sup> Una opinión compartida por otros autores en lo que se refiere al HRIIIC: C. N. Runnels; T. H. van Alden, «The Evolution of Settlement in the Southern Argolid Greece: An Economic Explanation», *Hesperia* 56, 1987, 316.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 313. Sobre el carácter económico de este tipo de poblamiento del Heládico Temprano véase: T. H. van Alden; C. N. Runnels, *Beyond the Acropolis. A Rural Greek Past*, Stanford 1987, 91.

<sup>56</sup> Sobre estos conceptos antropológicos y sus correspondientes en otros modelos explicativos —igualmente antropológicos— de la evolución del ejercicio del poder hasta la constitución del estado arcaico: M. H. Fried, «On the Evolution and Social Stratification and the State», *Culture in History, Essays in Honor of Paul Radin*, New York, 1960, 713-731; E. R. Service, *Primitive Social Organization. An Evolutionary Perspective*, New York 1962; M. H. Fried, *The Evolution of political Society. An Essay in political Anthropology*, New York 1967; E. R. Service, *Origins of the State and Civilization. The Process of Cultural Evolution*, New York & London 1975; A. W. Johnson; T. K. Earle, *The evolution of human societies: from foraging group to agrarian state*, Stanford 1987; T. K. Earle, «The evolution of Chiefdoms», *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*, Cambridge 1991, 1-15; W. Donlan, «The Relations of Power in the Pre-State and Early State Polities», *The Development of the Polis in Archaic Greece*, London & New York 1997, 39-48.

des de tipo parental, y tal vez reafirmado por la magnitud de la hazaña, la lógica de la reciprocidad exigió una compensación por parte del grupo; pero fue una compensación que no podía recaer únicamente en el individuo sino en el conjunto de su linaje, de forma que eso pudo suponer el establecimiento de una forma incipiente de realeza. En efecto, la arqueología ha atestiguado una recuperación de los diferentes centros habitados en el capítulo arquitectónico y territorial. Por lo común, no fue más que una reconstrucción de las viviendas privadas y una reorganización básica del espacio circunscrita a tareas de descombro, al restablecimiento de las vías de comunicación más importantes y a la preparación de las zonas de cultivo, tanto en lo que se refiere a los derechos de tenencia de tierras como a las prácticas propiamente agrícolas. Bien poca cosa más allá de esto debió acometerse en aquella situación, pero basta para explicar que la figura del jefe-patriarca pudo haberse forjado precisamente por haber desempeñado un papel activo en la organización de estas actividades<sup>57</sup>.

El territorio se caracterizaba por una distribución de las diferentes comunidades según el modelo de los *nucleated centres*<sup>58</sup>: pequeñas aldeas que jalonaban irregularmente el territorio, sin los recursos necesarios —ni humanos ni materiales— para afrontar la explotación económica de las grandes áreas baldías que se extendían por doquier. Y, efectivamente, este aspecto queda reforzado con los últimos estudios sobre topografía realizados por J. L. Bintliff. A partir de un estudio realizado en Beocia, este estudioso ha desarrollado un modelo explicativo sobre la evolución de los asentamientos durante los Siglos Oscuros que ha podido ser extrapolado también a la realidad

---

<sup>57</sup> Esta primera forma de poder todavía rudimentaria así como la posterior *basileia* propiamente dicha se hallan presentes en el análisis que Aristóteles realiza de las diferentes formas de monarquía (*Pol.* III, 14, 1285a-1285b32). En efecto, la quinta —más antigua— y cuarta formas se caracterizan por ser las únicas que se retrotraen más allá del horizonte de la *polis*, y se vinculan respectivamente con el *oikos* y las *ethne*. Aun más, la cuarta forma es presentada ya como una forma hereditaria como justo pago a los servicios prestados en la comunidad «en las artes o en la guerra o por haber reunido a los ciudadanos o por haberles procurado tierras» (*Pol.* III, 14, 1285b5-10; la cita corresponde a la de M. García Valdés, Aristóteles, *Política*, Madrid 1988). Pero no es éste el único sitio en donde Aristóteles afirma que los atenienses conocieron la monarquía en tiempos remotos: *Arist., Ath.* fr. 1.

<sup>58</sup> En esta investigación se han utilizado los conceptos de «nucleated centre» y «central place», que aparecerá a continuación, de un modo similar al de A.-L. Schallin (*Urban Centres*, op. cit., 17-44).

del Ática<sup>59</sup>. Sintéticamente, en este modelo destacan dos grandes fases en lo que a la ocupación del territorio se refiere, de las cuales la primera determinaría la estabilización del modelo de *nucleated centres*, y estaría estrechamente relacionada con la aparición de las sociedades de rango encabezadas por la figura del jefe-patriarca. El nuevo panorama se caracterizaría por la existencia de un conjunto de pequeños núcleos autárquicos, separados por una distancia cercana por término medio a los 10 km, entre los que no mediaba un sistema de contactos fluidos ni, en consecuencia, es posible reconocer una ordenación jerárquica según su peso específico relativo.

Ante la escasez de datos para el Protogeométrico y el Geométrico y a las dificultades para distinguir la ocupación específica de cada uno de estos períodos, J. L. Bintliff opta por extender esta primera fase a lo largo de los Siglos Oscuros. Pero una mayor precisión cronológica en la definitiva aparición de la *basileia* monárquica es posible comparando este modelo geográfico con el análisis de I. Morris sobre los enterramientos relativos a los Siglos Oscuros<sup>60</sup>. Ésta tendría lugar tras el Submicénico, periodo en el que se intenta mantener rasgos culturales micénicos, y el Protogeométrico, caracterizado por unos usos funerarios en los que el ajuar aparece en su mínima expresión. La *basileia* monárquica, resultado de la evolución natural y definitiva legitimación de aquella figura del jefe-patriarca ya mencionada, se habría establecido en algún momento del Geométrico Antiguo (ca. 900-850 a. C.) como demuestra la segunda fase que I. Morris destaca en las prácticas funerarias de los Siglos Oscuros: aparecen ajuares más ricos, con objetos de oro, importaciones del Próximo Oriente, y bienes familiares que se remontan a la edad del Bronce. En efecto, desde la hipótesis de que la ostentación en los ritos funerarios manifiesta un proceso de cambio de las sociedades, dicho simbolismo funerario, en este caso concreto relacionado con determinados individuos, parece indicar un esfuerzo de legitimación del nuevo ejercicio del

---

<sup>59</sup> «Territorial behaviour and the natural history of the Greek polis», *Stuttgarter Kolloquium zur Historischen Geographie des Altertums*, 4, Amsterdam 1994, 207-249; «The Origins and Nature of the Greek City-State and its Significance for World Settlement History», *Les princes de la protohistoire et l'Émergence de l'État*, Naples-Rome 1999, 43-56.

<sup>60</sup> Cf.: I. M. Morris, *Burial and Ancient Society. The Rise of the Greek City-State*, Cambridge 1987; «Archaeology and Archaic Greek History», *Archaic Greece*, London 1998, 1-91; «Iron Age Greece and the meanings of "princely tombs"», *Les princes*, op. cit., 57-80.

poder, así como de los linajes preeminentes, más que manifestar una situación de predominio consolidada<sup>61</sup>. Se trata de una modalidad del ejercicio del poder que, por fundamentarse en el orden parental, instituye de manera irreversible una diferenciación social en la que diferentes grupos sociales se disponen en un orden de prelación inamovible, en torno al jefe-patriarca, en lo que se refiere a la toma de decisiones que afectan al conjunto de la comunidad: son las sociedades de jefatura simple —*simple chieftdom*.

Y en efecto, este proceso tuvo su correlato en la organización de la topografía: pronto se produjo la disolución de las pequeñas comunidades aisladas y su evolución hacia la segunda fase del modelo defendido por J. L. Bintliff. La mejora de las condiciones de vida y el crecimiento de la población trajeron como consecuencia dos aspectos de enorme importancia por su incidencia en los cambios que se iban a producir: el establecimiento de relaciones a varios niveles entre los miembros de una comunidad —dependiendo del grado de frecuentación existente entre ellos—, y el interés por ver aumentadas las áreas de cultivo en explotación. Sobre este último punto, es imposible discernir si ello fue el producto de una necesidad real y acuciante de nuevas tierras o, por el contrario, fue precisamente la existencia de los recursos suficientes para emprender esa política de expansión lo que incentivó dicha empresa. Todas estas nuevas comunidades compartieron la misma estructura organizativa de carácter gentilicio de los *nucleated centres* anteriores, pero muy pronto comenzaron a desarrollarse desigualdades entre ellos en función del número de sus pobladores, los recursos disponibles, los contactos que se fueron estableciendo con otras comunidades ajenas a aquel primitivo primer centro. El resultado fue la desaparición de aquel panorama constituido por un puñado de centros aislados de radio local, y dispuestos sin orden ni concierto en un mismo plano de igualdad. Ahora tiene lugar la constitución de un auténtico sistema geopolítico en el que, junto a un proceso de creciente densi-

---

<sup>61</sup> Ésta ha sido una de las principales conclusiones extraídas por M. Dietler de sus estudios sobre diferentes formas simbólicas propias de la temprana Edad del Hierro en Europa occidental. Cf.: M. Dietler, «Greeks, Etruscans and thirsty barbarians: Early Iron Age interaction in the Rhône Bassin of France», *Center and periphery. Comparative studies in archaeology*, London 1989, 127-141; «Early "Celtic" socio-political relations: ideological representation and social competition in dynamic comparative perspective», *Celtic Chieftdom, Celtic State*, Cambridge 1995, 64-71; «Rituals of commensality and the politics of state formation in early Iron Age Europe», *Les princes*, op. cit., 135-152.

dad de los usos del territorio, tiene lugar la aparición de una estructura jerárquica entre centros que se sitúan en diferentes niveles de importancia y que, en consecuencia, establecen vínculos de dependencia entre ellos. De los antiguos *nucleated centres* se pasa a un sistema más complejo en el que los pequeños núcleos se convierten en satélites de enclaves mayores que han ido absorbiendo más población y más funciones político-territoriales hasta convertirse en auténticos *central places* con un área de dominio mucho más amplia y que incluso acabarán colisionando entre sí. Estos *central places* se convirtieron en los lugares de residencia de los diferentes *basileis*, lo que a su vez confirmó la dimensión comarcal —que ya no local— de la monarquía anterior a la constitución de la *polis*. Es el momento en que las monarquías comarcales alcanzan su máximo grado de desarrollo y estabilidad, tal y como demuestra la tercera fase del estudio de I. Morris: a lo largo del Geométrico Medio (ca. 850-750 a. C.) se desarrolla una etapa en la que esa voluntad simbólica decae; parece verosímil suponer que el nuevo orden social ha quedado asentado y, en consecuencia, ese tipo de enterramientos lujosos ya no resultaba imprescindible.

Por lo tanto, la naturaleza parental de la *basileia* de los Siglos Oscuros tiene su origen en formas de organización atávicas, del Bronce Medio, que perviven en el interior de la civilización micénica al margen de la elite palacial, agazapadas como costumbres que regían la vida cotidiana de los centros rurales en todos aquellos aspectos que se sustraían al control estatal. Estos hábitos impregnaban las relaciones familiares y la dinámica social en el estrecho marco de la vida aldeana; en el ámbito de la familia y de la comunidad vecinal resultaban ser el único agente regulador. Constituyeron desde siempre el pilar de la organización social, pero nunca interfirieron en todo lo que tuviera que ver con el ejercicio del poder —y lo relacionado con la gestión de los recursos económicos formaba parte del mismo—, puesto que éste estaba reservado al estado micénico. Por consiguiente, el proceso que se abre tras la crisis micénica nunca debe entenderse como una involución hacia formas de organización social anteriores, sino como una extensión a todos los órdenes de la sociedad de toda una serie de prácticas y jerarquías absolutamente actuales que, hasta la caída de la civilización micénica, habían quedado relegadas a espacios sociales muy definidos. Con la desaparición del estado, y el hundimiento de la civilización hasta umbrales de pura subsistencia, aquellas costumbres ancestrales fueron los únicos medios de organización comunitaria. La extensión de las mismas a otros ámbitos fue tal que también el ejerci-

cio del poder respondió a los patrones de tipo gentilicio. Pero esta hipertrofia de la sociedad parental, y con ella la figura del *basileús*-rey, sólo pudo mantenerse viva mientras que el desarrollo y la complejidad de la vida comunitaria no sobrepasaron ciertos niveles.

Más adelante se sucedieron nuevos cambios. El fortalecimiento progresivo de los núcleos habitados, junto con la estabilización étnica de la geografía griega, se vio acompañado de un desarrollo económico y una creciente diferenciación social que, lógicamente, afectó a la estabilidad y definición de las estructuras familiares. Poco a poco en la organización gentilicia se fueron haciendo cada vez más amplios e intrincados los lazos de consanguinidad y afinidad, que llegaron a provocar incluso la formulación de una nueva noción de familia. El propio hecho de superar ampliamente el umbral de subsistencia provocó que ahora consideraciones de índole ético-política se volvieran perentorias para las familias más pudientes. Y ya no se trataba únicamente de aquellos linajes compactos que antaño desempeñaban la jefatura de las primeras comunidades; la pugna tuvo que establecerse entre las nuevas unidades familiares resultado de la disgregación de aquellos grandes linajes, así como entre éstas y otras familias que en este clima de bonanza material vieron acrecentada su disponibilidad económica y su prestigio social<sup>62</sup>. En suma, la nueva situación político-económica y territorial fue sometiendo a la organización basada en el parentesco a cada vez mayores exigencias, hasta forzar al máximo su capacidad como instrumento no tanto de organización social como de gestión de la toma de decisiones políticas.

El resultado de todo ello fue la crisis de la *basileia* monárquica y la redefinición del *basileús* como miembro del consejo aristocrático: el horizonte que da origen a la *polis*. En efecto, esta descomposición de la monarquía propia de los Siglos Oscuros determina el paso hacia una *sociedad estratificada* —*stratified society*— en la que acabará desarrollándose el estado arcaico.

---

<sup>62</sup> Particularmente interesante a este respecto es el estudio filológico realizado por A. Mele a fin de demostrar cómo en los poemas homéricos se vislumbra, observando la evolución del campo semántico de las relaciones familiares, una revisión de la noción de familia como núcleo de la organización social. Para el estudioso italiano, la familia experimenta un proceso de atomización creciente, resultado de la fragmentación de los grandes linajes, que es expresión —razón y consecuencia— de una mayor articulación social. Véase: A. Mele., «Elementi formativi degli ethne greci e assetti politico-sociali», *Storia e civiltà dei Greci, I: Origini e sviluppo della città. Il medioevo greco*, Milano 1978, 25-72.



co pero en la que, por lo pronto, se asienta un ejercicio del poder del tipo *jefatura compleja* —*complex chieftdom*. En efecto, motivada por la complejidad creciente de la vida colectiva, tuvo lugar la erosión definitiva de la lógica del *face-to-face*, factor de cohesión clave hasta el nivel de las sociedades *de rango*. Con la mejora generalizada de las condiciones de vida que tuvo sus mejores expresiones en la aparición de excedentes económicos, el aumento de la población y la estabilización geopolítica vinculada a la madurez y la extensión de las jefaturas simples de radio comarcal, comenzó también la disolución de la *sociedad de rango*. El establecimiento de un flujo continuo de intercambio económico y humano entre diferentes centros, y la dispersión del poblamiento, posible por una mayor seguridad defensiva, promovieron la progresiva disolución de los vínculos parentales tanto como obstaculizaron la frecuentación cotidiana entre los miembros de una misma colectividad. El contacto entre las elites locales fue haciéndose cada vez más estrecho, y sufrieron contemporáneamente el ver en entredicho su situación privilegiada. Pero, además, estos contactos no se circunscribieron sólo a las estirpes monárquicas sino que se abrieron también a las nuevas familias cuyo poder iba en aumento y cuyos intereses chocaban con las primeras.

Este panorama de transformaciones reabrió por fuerza la pugna entre las familias predominantes por legitimar la propia preeminencia. Tal y como explica I. Mórris en las obras anteriormente mencionadas, el Geométrico Reciente (750-700 a. C.) se caracteriza, en lo que se refiere a los rituales funerarios, por un crecimiento en el número y la variedad de enterramientos, algunos de los cuales presentan ricos ajuares. Este cambio, en relación con las prácticas funerarias del Geométrico Medio, parece manifestar un segundo momento crítico en el que tiene lugar la erosión de la jefatura simple, la descomposición de la fórmula del poder fundamentada *exclusivamente* en relaciones gentilicias, y su derivación hacia formas de jefatura complejas que inauguran una sociedad de tipo estratificado. Desde el punto de vista territorial, alcanzó su pleno desarrollo el sistema de *central places*, adquiriendo una dimensión regional y estableciéndose una intrincada dinámica entre estas sedes monárquicas comarcales. Surgieron fricciones y se hizo indispensable un orden más amplio en términos geográficos; la conclusión de todo ello fue, siguiendo el paradigma ateniense, la *sympoliteia* en torno a un único centro que de este modo se convirtió en un *central place* de escala regional, embrión de una futura ciudad.

En consecuencia, las claves para comprender de este modo la unificación política pueden sintetizarse en los puntos siguientes: un ejercicio monárquico del poder que tiene sus raíces en tiempos muy antiguos —Protogeométrico y parte del Geométrico Temprano— y que perdura hasta poco más o menos el s. VIII a. C., una multiplicidad de centros independientes dispersos por todo el Ática y una tendencia demográfica y económica netamente positiva en todas estas comunidades desde el final del Geométrico. Parece lógico suponer que —tal y como ya ha sido comentado en páginas anteriores— en este período de bonanza se originó un proceso desigual en la concentración de riqueza; desigualdad que surgió dentro de cada una de las comunidades, en tanto que era el linaje monárquico el que ostentaba el poder político y económico, y entre las distintas comunidades del Ática<sup>63</sup>. Una situación como ésta tuvo que originar un proceso de complejidad y articulación creciente de la sociedad que, a su vez, fue alimentado por tensiones subsiguientes.

Si hasta ese momento, en la transmisión del poder político coincidió el argumento del linaje con el de la concentración de los excedentes, a partir de esta coyuntura favorable se produjo una escisión entre ambos apoyos: comenzaron a presentarse casos en los que la parte del linaje que por mayor proximidad sanguínea —ostentar la primogenitura, por ejemplo— estaba mejor colocada en el derecho sucesorio no decidía sobre el control de los

---

<sup>63</sup> Una desigualdad de este tipo queda perfectamente reflejada en el plano socio-territorial de épocas posteriores. La diferente feracidad de las tierras del Ática determinó, por ejemplo, la especialización de las llanuras del interior en los cultivos cerealistas, concentrando de este modo el grueso de la riqueza en la primera fase del estado ateniense. Las comarcas costeras, con menor rendimiento agrícola, se especializaron en el cultivo del olivar y de este modo pasaron a desempeñar un papel muy activo desde la estabilización del comercio colonial. Todo ello provocó la exacerbación de un conflicto de poder ya existente entre la aristocracia de la costa y la del interior, tanto en su dimensión económica como también en la política. Por poner un único ejemplo, la exportación de aceite ateniense se realizó fundamentalmente en el marco de un comercio de importación de cereales y materias primas, una política que, como es lógico, en nada beneficiaba a la aristocracia terrateniente del interior. Todo este proceso se observa con nitidez ya en la época de Solón. Esta misma desigualdad económico-territorial se observa, por otro lado, en la formación de las facciones de los terratenientes de la llanura —*pediakoi*—, “de la aristocracia de la costa —*parálio*—, y los pequeños propietarios y habitantes de las zonas montañosas —*diákroi*—, cuyo papel fue esencial en los acontecimientos que se sucedieron tras el arcontado de Solón.

excedentes, o bien no lo hacía en un modo incontestable. Una cuestión de índole económica y política como ésta estuvo siempre acompañada por la hipertrofia de la familia tribal que se desarrolló al amparo del crecimiento demográfico. Su ampliación provocó un creciente alejamiento respecto del patriarca de ciertos sectores del linaje y de este modo, una mayor relajación de sus derechos y deberes, al mismo tiempo que su equiparación económica con el grupo mejor situado en la línea sucesoria tuvo que generar importantes fricciones en la pugna con el poder. La conclusión no pudo ser otra que la revisión del concepto de familia y, en consecuencia, la dispersión del poder económico en una multitud de grupos familiares más reducidos. El resultado fue la descomposición de los linajes monárquicos y la génesis de fuerzas centrifugas que derivaron en una *aristocratización* de los grupos familiares poderosos. El problema principal no fueron las fricciones que surgieron entre las comarcas gobernadas por linajes diferentes; incluso se podría decir que estos enfrentamientos fueron sólo una consecuencia de las convulsiones que de un modo generalizado fueron afectando la estabilidad del ordenamiento sociopolítico interno de todas y cada una de las comarcas. Y la alternativa a esta situación sociopolítica inestable tuvo que presentarse clara a los ojos de estas familias principales: o bien el consenso, incluso como una forma de conjurar el ascenso de otras familias emergentes, a fin de mantener su situación privilegiada, o bien una lucha fratricida de resultados sin duda catastróficos. Y Teseo fue la encarnación legendaria de un largo y complicado proceso en el cual no faltaron conflictos con las familias influyentes de las distintas comarcas; y lo hizo con la concesión a las principales familias de un régimen político de igualdad<sup>64</sup> que alude al establecimiento de un pacto, un convenio en el ejercicio del poder entre los poderosos, y con el apoyo de una amplia mayoría de la población<sup>65</sup> especialmente sensible a una medida centralizadora de este tipo.

Pero, por otro lado, no debe olvidarse la influencia que pudo haber tenido ese carácter plutocrático inherente a la aristocracia. La tendencia hacia la

---

<sup>64</sup> Plu., *Thes.* 24, 2. También Pausanias (I, 3, 2) refiere la misma idea de que Teseo establece un régimen de igualdad que, con la mención explícita de que éste no debe entenderse como una fórmula democrática, termina siendo definido en términos aristocráticos.

<sup>65</sup> Plu., *Thes.* 24, 2. Plutarco narra la buena acogida de sus medidas entre «les hommes du peuple» y los «pauvres», esto es, entre los grupos de pequeños campesinos y los *thetes*. Para la edición consultada: Plutarque, *Vies*, op. cit.

acumulación de riqueza, que a su vez acarrea la consolidación de un nuevo régimen de propiedad del que están ausentes formas de usufructo comunal de la tierra, constituye la marca inherente de una deriva aristocrática de la sociedad cuya base se encontró en una mejora generalizada de los medios de vida y la descomposición de la familia tribal, que tuvo lugar desde el Geométrico Tardío. Dicho de otro modo, ya con anterioridad a la *sympoliteia* se originó una creciente diferenciación social de base económica que se dio, posiblemente con ritmos desiguales, en todo el Ática y que se caracterizó por dos aspectos profundamente relacionados. De una parte, una carrera en la apropiación y control de la tierra por parte de unas familias pujantes que estaban directamente ligadas con los linajes monárquicos o que habían visto deteriorada su relación con los mismos a causa del impulso centrífugo que se originó como consecuencia de la fragmentación de la antigua unidad familiar. De otra, una depauperación proporcional de amplios sectores de la población que se encontraban fuera de estos segmentos sociales.

En primera instancia, este proceso manifestó toda su crudeza en un radio local; fue en el seno de las propias comarcas donde se produjeron las manifestaciones más visibles de ese empobrecimiento de amplios sectores de la población y, por consiguiente, donde las principales familias sentaron las bases de su predominio. Pero pronto se hizo necesario ampliar este ámbito reducido. El acicate de este salto exponencial no fueron principalmente las posibles fricciones que pudieron haberse establecido entre las familias de comarcas adyacentes con motivo de la ampliación de sus áreas de influencia respectivas; unas luchas que sin ninguna duda se produjeron. El punto de inflexión fue la certidumbre de que la estabilización de los privilegios de todas estas familias influyentes, tanto para evitar injerencias del exterior como para prevenir luchas intestinas, pasaba por el establecimiento de un orden regional. Y más aun: muy pronto se tomó conciencia de que el control de grandes áreas del Ática, las más alejadas de los asentamientos, que todavía se encontraban abandonadas no resultaba posible sin la constitución de un ejercicio del poder extensible a todo el territorio ático<sup>66</sup>.

---

<sup>66</sup> Consideraciones similares han llevado a W. G. Cavanagh a concebir la ocupación progresiva del suelo ático como un proceso centrífugo que tiene en Atenas el punto de arranque; una tesis que merece nuestra atención por situarse a contracorriente del punto de vista habitual. Al parecer Cavanagh ha interpretado de un modo incorrecto el hecho, por otro lado perfectamente testimoniado con suficiente documentación arqueológica y epigráfica, de que a partir del Geométrico Tardío tiene

Dicho de un modo sintético: la constitución de la *polis* ateniense fue el resultado lógico de un proceso complejo y dilatado en el tiempo a través del cual las familias más influyentes del Ática convinieron en constituir un marco común con el objetivo de preservar sus privilegios y obtener el pleno y definitivo control sobre todo el territorio. Estas familias no pudieron ser otras que las que habían comenzado a dirigir los designios de los diferentes asentamientos que se esparcían por el Ática desde el momento en que se superó el estado de postración general al que condujo la caída de la cultura micénica. Fueron, por lo general, familias que estuvieron en mayor o menor medida relacionadas con el ejercicio del poder monárquico a lo largo de todo el período de los Siglos Oscuros y que sólo a partir del s VIII a. C. adquirieron cotas de articulación social y familiar más complejas. Ese marco común de-

---

lugar una apropiación sostenida del suelo ateniense. A mi entender el proceso ha sido bien diferente: la ocupación acelerada del suelo en el asentamiento de Atenas únicamente tiene lugar cuando el núcleo se convierte en el centro de las tomas de decisiones políticas para todo el Ática, esto es, cuando ya se ha llevado a término la *sympoliteia*. Y ésta, como ya se dijo, acontece tras un proceso previo de concentración de tierras de ámbito comarcal común a todo el Ática. Lo que sí es cierto es que la extensión postrera de este proceso hasta los últimos rincones del territorio y la estabilización de sus resultados sólo tendrá lugar tras la *sympoliteia*; se podría decir, por lo tanto, que la tesis de Cavanagh es cierta si se le imprime una cierta modificación: este proceso centrífugo que se desarrolla desde Atenas no atañe a la ocupación física del territorio sino a la sanción política de la misma. Al respecto: W. G. Cavanagh, *Surveys*, op. cit., 108.

Sobre la interpretación generalizada según la cual el aumento de población ateniense va a la par con el de otros asentamientos del Ática y del Peloponeso desde el s. VIII a. C., y que Atenas sólo adquiere una especial relevancia tras la concentración de las funciones políticas: A. M. Snodgrass, *Archeology and the Rise of the Greek State*, Cambridge 1977, 10-18; J. McK. Camp, «A Drought in the Late Eighth Century BC», *Hesperia* 48, 1979, 397-411; A. M. Snodgrass, *Archaic Greece. The Age of Experiment*, London 1980, pp. 21-25; A. M. Snodgrass, «Two Demographic Notes», *The Greek Renaissance of the Eight Century BC: Tradition and Innovation* (Proceedings of the Second International Symposium at The Swedish Institute at Athens, Athens 1981), Stockholm 1983, pp. 167-171; I. M. Morris, «Gift and commodity in Archaic Greece», *Man* 21, 1986, 1-17; I. M. Morris, *Burial*, op. cit., 11-33, 57-169; A. M. Snodgrass, «Archaeology and the study of the Greek city», *City and Country in the Ancient World*, London & New York 1991, 1-23; I. M. Morris, «The Early Polis as City and State», *City and Country in the Ancient World*, London & New York 1991, 25-57.

terminado por la confluencia consensuada y paritaria de un grupo de iguales —*hómoioi*—, del que pretende excluirse cualquier ejercicio de la violencia física y que en primera instancia se sostiene sobre fórmulas de reciprocidad, constituye los cimientos del ámbito político como un espacio reglado del ejercicio del poder que sólo en un segundo momento será estabilizado, especializado y sancionado, en una pluralidad de instituciones políticas.

Desde el momento en que se concluye la *sympoliteía*, el conjunto de la tierra ática no ocupada es sometido a la supervisión del nuevo grupo aristocrático. Esta nueva situación, y precisamente por el hecho de que la tierra no es controlada por una única familia sino por los intereses más abstractos de un entero colectivo social, abona el camino para la conversión de la misma en tierras estatales. El mismo establecimiento del estado debe ser distinguido, conceptual y temporalmente, de la constitución de la *polis* a la que lleva la *sympoliteía*, entendida aquélla como una organización social de carácter aristocrático. Pero, en tanto que la forma proto-estatal de la *polis* se define por un marcado carácter inestable motivado por fundamentarse en las leyes no escritas de la reciprocidad y en una escasa articulación de las esferas de actividad político-administrativa, en un breve plazo de tiempo la *polis* desarrollará un ordenamiento concreto que determina el origen del estado. En efecto, si es posible circunscribir la totalidad del proceso de la *sympoliteía* al s. VIII afectando quizá también al comienzo del s. VII a. C., la constitución de las bases del estado ateniense advendrá antes del último cuarto de este mismo siglo, siendo Dracón la figura histórica que determina el *terminus ante quem*<sup>67</sup>.

---

<sup>67</sup> Cfr. mi trabajo: «La figura de Dracón en el debate sobre el origen del estado ateniense», *Polis* 13, 2001, 7-32.

### **Resumen**

El objeto de este artículo es realizar un comentario sobre todas aquellas alusiones que, en el mito de Teseo, remiten presumiblemente al panorama geopolítico del Ática anterior a la constitución de la *polis*, con la excusa de recuperar el problema de la existencia de una *basileia* de implantación comarcal extendida en múltiples centros a lo largo y ancho de la península. Pero también se trata aquí de exponer y someter a crítica algunas reflexiones sobre la pertinencia de un enfoque multidisciplinar que, dirigido por la historia y la arqueología, llame en su auxilio a otras disciplinas —principalmente la antropología y la geografía regional— a fin de paliar la escasez de información fidedigna que caracteriza ese período de los Siglos Oscuros, en el que todas las formas monárquicas griegas hunden sus raíces.

### **Abstract**

This essay aims to comment all those references of the myth of Theseus which may refer to the geopolitical context of the Attica prior to the constitution of the *polis*, to reflect on a local *basileia* spread in several centres throughout the peninsula. The study also examines the appropriateness of a multidisciplinary point of view that, directed by history and archaeology, integrates other contributions —mainly from anthropology and regional geography— to provide reliable information on the Dark Age, in which Greek kingship forms have their foundations.